

sobre cualquier cosa, hablando del tiempo, de los horarios escolares, de alguna separación necesaria, de un inquilino, de alguna tontería, con tal de hablar y de entretenerla, de habituarla á su compañía, de llegar á persuadirla de que podía estar con él sin volver á las declaraciones pasadas. Y lo logró.

Ella no dejó de sospechar que bajo aquella nueva apariencia se escondía un pensamiento, un lejano propósito; pero, en suma, habíase aquietado, y se podía discurrir con él, tanto más, cuanto que curado de aquel loco amor, era una persona educada, y un pobre diablo que no le desagradaba.

De este modo comenzó á establecerse entre ellos una cierta familiaridad.



## XIX

Y fué condición favorable para esto, una nueva declaración de guerra de la maestra Zibelli, que volvió á dejar salir sola á su amiga, como antes.

Había ocurrido el siguiente graciosísimo hecho: habiéndose encontrado ambas amigas juntas en la plaza de Solferino con el maestro rubio de *La Generala*, que las detuvo, á las pocas palabras aclaróse el equívoco; había confundido á la Zibelli con la Pedani, conocida de él únicamente por su fama, y admirada por sus artículos; así que la Zibelli vió cómo inmediatamente, los obsequios y la admiración de que primeramente había sido objeto, se convirtieron redoblados hacia la Pedani.

Toda descompuesta con este descubrimiento, después de pasar días horribles hartiando á su amiga de la mañana á la noche, se había entregado con gran ardor á la reli-

gión; todas las mañanas iba á la iglesia, había estrechado amistades con las señoras devotas del piso segundo, usaba velo negro, comía de vigilia viernes y sábados, dedicando todos los ratos desocupados á la lectura de libros ascéticos, que leía en alta voz aun de noche.

Con esto, fué recrudeciéndose aquellos días, á causa de un suceso extraordinario: la envidia que comenzaba á sentir hacia algún tiempo por los triunfos gimnástico-literarios de su amiga.

Estaba entonces en Turín el ministro de Instrucción Pública, Guido Bacelli.

Una mañana se presentó de improviso, con el alcalde y con el inspector, seguido de numeroso acompañamiento, en la escuela "Margarita", cuando la Pedani daba su clase de Gimnasia. Otra hubiera perdido la brújula. Ella no se turbó; y, formando á todas sus alumnas, hizo ejecutar los pasos ritmicos con tal variedad, precisión y vigor en sus órdenes, que un poco por esto, y otro poco por efecto de su hermosa presencia, el ministro le prodigó los más entusiastas elogios, entablando con ella una conversación sobre los métodos gimnásticos ingleses, quedando aún más admirado que de los ejerci-

cios, de la ilustración en la materia, de la maestra.

El hecho lo refirieron los periódicos, que publicaron su nombre como una verdadera gloria. Y no solamente produjo celos á la Zibelli; el maestro Fassi se puso fuera de sí.

En aquellos días precisamente, la Pedani había sido nombrada maestra de Gimnasia de las monjas de San Vicente de Cottolengo. Una serie tan continuada de triunfos comenzaba á hacerse insoportable, y no tenía explicación suficiente más que con alguna secreta protección.

Ahora bien: al maestro se le antojó que de quien obtenía todos aquellos favores era del comendador Celzani, por excitación del sobrino. Y no pudo contenerse de buscar desahogo con éste.

—Es una vergüenza— le dijo un día sin más preámbulos— que mientras hay profesores de Gimnasia que no cesan de estudiar en veinte años sin haber conseguido obtener el favor más pequeño, y ni siquiera la compensación de la notoriedad, haya quien se haga camino y obtenga todos los honores con el solo prestigio de sus faldas. Es un tráfico ilícito, repugnante, que denunciaré en los periódicos.

El secretario fingió no entender. Mas aquella ficción no hizo más que reafirmar al maestro en su idea, tanto que, aun conservando por propio interés una apariencia de amistad con la Pedani, le privó del saludo, y su mujer hizo lo mismo.

Y de este modo eran ya tres los que por causa de la maestra le habían declarado la guerra.



## XX

Don Celzani sin embargo, obstinado é intrépido, continuaba dando vida y color á su designio, buscando manera de ganarse la buena amistad de ella.

Un día le procuró un verdadero placer presentándole un número de *El Gimnasta triestino*, que por casualidad había llegado á sus manos, que traía un artículo sobre la *danza pírrica*.

Otra vez le ofreció un número de *La Tribuna*, que su tío recibía, en la cual se refería la respuesta negativa que la sección de higiene del municipio de Roma, daba á todas las direcciones de las escuelas, que habían pedido informe sobre la mayor ó menor conveniencia de tener á los alumnos en la postura de *brazos cruzados*.

La maestra le agradeció mucho el ofrecimiento, diciéndole, que ella había tratado ya del asunto en su artículo.

El secretario le preparaba otras sorpresas muy distintas.

Hacia algún tiempo que sentía inclinación á trabar con ella ciertas conversaciones para las que se estaba preparando; pero no se atrevía. Un día se atrevió. Habiéndole dicho ella que asistía á un curso de anatomía, él le respondió tímidamente:

—La anatomía... Usted hace divinamente, porque sin ese estudio, no se puede conocer el valor... fisiológico de cada uno de los ejercicios, y, sin esto los ejercicios no se pueden clasificar... fisiológicamente, que es la clasificación más útil.

La maestra se le quedó mirando llena de estupor, y aprobó sus palabras.

Era un primer paso. Otro día tuvo algún más valor y le preguntó qué pensaba sobre la cuestión de los aparatos.

También esta pregunta le sorprendió agradablemente. Y contestó:

—Que no estaba con los que querían abusar de ellos, atendiendo á convertir los gimnastas en artistas acrobáticos, lo cual espantaba á las familias y constituía un verdadero peligro; pero consideraba injusta asimismo las exageraciones del partido contrario que pretendían abolirlos en absoluto ¿Á dón-

de se llegaría por este camino? Á una gimnástica infantil, en la cual no podría educar en las muchachas, la facultad especial denominada *valor físico*, necesaria á todos; sin la cual no se consigue más tarde hacer ningún ejercicio viril y arriesgado, sino á precio de penosos esfuerzos y de figuras ridículas.

Don Celzani iba aprobando con repetidos movimientos de cabeza.

—Yo también estoy persuadido—dijo, buscando palabras—que el completo desarrollo de todos los miembros no se puede obtener sino con ayuda de los aparatos. Pueden dejarse á un lado aquellos cuya utilidad pueda parecer dudosa; pero los realmente útiles... antropológicamente hablando... que tengan utilidad demostrada, á mi juicio son indispensables.

—¡Perfectamente!—exclamó la maestra, mirándolo con curiosidad. ¿Y no le parece á usted bien, que respecto al número y al modo de los aparatos, convendría dejar en libertad á cada maestro para seguir su propio ingenio y su personal convicción?

—No puede haber duda—contestó don Celzani, con gravedad.—Si no se hace esto, se quita al maestro todo incentivo para es-

tudiar nuevas combinaciones por sí mismo en relación con las varias clasificaciones...— y las fué enumerando por la punta de los dedos—anatómica, pedagógica, colectiva, individual y así sucesivamente; y entónces, ¿quién se ocuparía de hacer más experiencias ó investigaciones?...

La maestra volvió á mirarlo con maravilla y con gusto juntamente, y movida por una mayor curiosidad, deteniéndose en las escaleras, le preguntó:

—¿Cuáles son los aparatos que usted juzga indispensables?

—Los aparatos que yo creo indispensables—contestó don Celzani con entonación de muchacho catequizado, volviendo á contar por los dedos—son... las barras de ascensión... los maderos de equilibrios, sin estar muy elevados del suelo porque es inútil... la barra fija... las paralelas, por de contado, y el plano inclinado... Á lo sumo, dejaría á un lado algún ejercicio... como la *escala de salvamento*.

—¿Cómo?—preguntó con vivacidad la maestra?—¿Es usted también de los que encuentran peligrosa la escala de salvamento?

—No; me he equivocado,—respondió el

secretario;—la escala de salvamento, verdaderamente, debe conservarse. En efecto; ¿qué peligro puede haber?... Alguna ligera torcedura á lo sumo. Estamos de acuerdo también sobre este punto.

—¡Entonces, estamos de acuerdo en todo!—exclamó la maestra satisfecha.—Digo que no es posible tener buen sentido y pensar de otra manera.—Luego, punzada otra vez por la curiosidad, cuando estaban ya en el portal, le preguntó con singular sonrisa:—¿Hace mucho que se ha dedicado á estos estudios?

El secretario se puso como la grana, é hizo un gesto indeterminado, sin decir una palabra.

Pero al día siguiente volvió sobre el mismo asunto, y siempre que la encontraba.

El comendador poseía libros de gimnasia, regalo de los autores, durante el tiempo que fué vice-inspector de Instrucción pública, fajos de números viejos del *Gimnasta aretino*, que años atrás le había enviado un amigo toscano.

Don Celzani lo leía todo, para prepararse ciertas preguntas y respuestas, y así podía sostener la conversación. Había, finalmente, encontrado el gancho, y admiraba la perspi-

cacia del ingeniero. Ahora, cuando trataban de tales materias, la maestra se detenía cada cuatro peldaños, y tenía así una ocasión deliciosa para admirarla, como nunca lo había hecho, y aprendía de memoria todos los pliegues, todos los botones, todos los detalles de aquel terrible vestido marrón; descubría los más pequeños movimientos, habituales en ella, que nunca había observado, estudiaba sus blancos dientes, uno por uno, hacía con sus ojos verdaderos viajes de exploración, en torno de sus formas, tan profundamente absorto á veces, en estas amorosas indagaciones, que se olvidaba de contestar, ó respondía á la aventura.

—En este juego, sin embargo, perdió él bien pronto aquel dominio de sí mismo, que era tan necesario á sus fines.

Poco á poco comenzó á pensar que fuese dirigida á él la simpatía que ella mostraba por el asunto de sus conversaciones; parecía que le saludaba, que le miraba y que le escuchaba muy de otra manera que antes; se sentía convulso bajo la mirada que ella fijaba en sus ojos, al exponerle sus razones; dos ó tres veces estuvo á punto de venderse, de cogerle su hermoso brazo, extendido por el aire, cuando hablaba de

los movimientos en la barra de suspensión.

Pudo contenerse, sin embargo. Pero recobró tanto valor, que se decidió á una nueva prueba, preparada con más inteligencia que la otra, en el día primero de Mayo, cuando volviera á su casa á llevarle el alquiler.

Creía que al menos esta vez no podría darle una repulsa absoluta. Algún lazo de unión había entre ellos. La idea de que, casándose con él, tendría á su lado una persona inteligente para sus conversaciones predilectas, un perpetuo espejo reflector de su pasión dominante, una especie de secretario intelectual, creía él que debía pesar mucho en su determinación. Guardaba en secreto, para darle el último avance, la revelación de un secretillo que, por vergüenza, tenía cuidadosamente escondido, hacía algún tiempo, á toda la casa.

Mas, ¡ay de mí! ya no era tal secreto para todos.

El día antes del fijado por él, para hacer su declaración tercera, el estudiante Ginni, al entrar en casa á la hora de comer, dió una noticia, que hizo prorrumpir á todos en ruidosas carcajadas.

—Papá,—exclamó cruzando los brazos sobre el pecho;—¿quieres saber una cosa que

parece increíble?... ¡Don Celzani va al gimnasio!

Á las risotadas, sucedieron exclamaciones de incredulidad. Y, sin embargo, él estaba seguro de haberle visto entrar en el gimnasio de la Carrera de Humberto, á la hora en que concurren los demás socios. No habia lugar á duda.



## XXI

Las esperanzas fundadas por don Celzani para el día primero de Mayo, se frustraron por un suceso inesperado.

El comendador, que, para evitar las visitas de sus inquilinos, solía todos los días primeros de mes, pasar el día fuera, se quedó en casa aquél, arrellanado como siempre en su poltrona como si los estuviera esperando.

Don Celzani, que había hecho todos los preparativos para el asalto, se mordía los puños de rabia.

Esperó hasta las once á que se decidiera á marchar; luego perdió las esperanzas, y se puso á dar vueltas por su cuarto como una fiera.

Una idea consoladora, vino sin embargo á iluminarle: quizá su tío tuviera curiosidad de ver un poco de cerca á la Pedani, y hablar con ella, porque entre ellos apenas ha-

bían mediado más que los saludos de cortesía al encontrarse en la escalera; y quizá esto fuera un indicio de buenas intenciones.

Después de la visita al inspector, el tío no le había vuelto á hablar del asunto; pero don Celzani sabía que él no ignoraba la persistencia resuelta de su pasión. ¡Quién sabe! Quizá tenía él dicho propósito. Y entonces el despecho se cambió en impaciencia. Vendría como la vez anterior á la una y media.

Á la una, el comendador estaba sentado en su despacho, con la majestuosa cabeza blanca abandonada en el respaldo de la poltrona, y los ojos azules clavados en el techo.

Fuese política ú otra cosa, cuando la criada anunció á la Pedani, él hizo ademán de irse y de ceder el puesto á su sobrino: luego cambió de idea.

La maestra entró, y no pareció contrariada al encontrarse con el amo de la casa, quizá porque éste hacía imposible una nueva declaración que ella temía.

El comendador se portaba con sus inquietos con una rara finura, y usaba con el bello sexo formas extraordinariamente respetuosas y llenas de dignidad.

Se levantó, se inclinó con los ojos cerrados ante la muchacha, y volviendo á su

asiento, insistió para que ella á su vez se sentase.

El secretario recogió el dinero y extendió el recibo con mano insegura, lanzando continuas miradas de abajo á arriba á los dos. Estaba poseído de una conmoción infantil, como si la Pedani hiciera la primera entrada en la familia y se debiera concluir el matrimonio en aquella sesión.

—Y bien, señorita.—preguntó el comendador con dignidad, templada por una ceremoniosa sonrisa, cuando el secretario hubo entregado el recibo á la maestra,—¿cómo va esa gimnasia?

Era evidente que quería hacerla hablar largamente.

La maestra le contestó que siempre estaba en el mismo punto: una gran cantidad de prejuicios que vencer en los padres de las alumnas, y también en las autoridades; por lo que los maestros debían sostener una lucha continua, en perjuicio, es claro, de la enseñanza.

—En la gimnasia femenina, sobre todo,—repitió la Pedani, animándose—por un sin fin de respetos... infundados. Usted lo sabrá bien. Yo no digo que se pueda en un momento, con las ideas de ahora, realizar el

plan de los baumanistas avanzados, de no establecer diferencia alguna entre la gimnasia masculina y la femenina. Pero, al extremo á que se quiere reducir ésta... es demasiado ciertamente.

El comendador hizo un signo de asentimiento con los párpados.

El mal, según él, era que se enseñaba la gimnasia para dar espectáculos con motivo de las visitas oficiales; por esto se llevaban hasta el exceso la medida y la escrupulosidad de movimientos.

—¿No es verdad?— preguntó la maestra con viveza.— Es lo que siempre estoy diciendo. Y, enfrascándose en la conversación, sin acordarse ó sin prestar fe á lo que el ingeniero le había dicho, con la ingenuidad de un monómano, discurrió sobre el punto predilecto del ex-asesor.— Dicen: las muchachas no deben hacer los movimientos que hacen los varones. Á esto, yo contesto: ó esos movimientos son higiénicos, ó no lo son. Si lo son, ¿cómo se pueden omitir por consideraciones que no tienen apoyo en ninguna razón seria? Porque aquí está la cuestión. Las muchachas no tienen que hacer gimnasia más que delante de sus maestras ó de sus madres. Por tanto, suprimidos los espectácu-

los que todo lo estropean, no queda ya dificultad alguna.

El comendador aprobó estas ideas. Realmente, según su opinión, los espectáculos debían cesar; pero no lo dijo. Se limitó á hacer una observación general sobre la necesidad imperiosa que había, especialmente para las muchachas, de una gimnástica más enérgica, más conforme con la que en Alemania estaba en boga. La nueva generación, según él, dejaba mucho que desear.

Había tocado la cuerda más sensible de la maestra.

—¡Que deja que desear!— exclamó ésta.— Y eso que usted, señor comendador, no está en el caso de formarse una idea precisa. Pero nosotros, que vemos bien á nuestras muchachas, que tenemos el deber de examinarlas, de tocarlas, vemos la absoluta necesidad de lo que dice. Si usted pudiera ver...

El comendador medio cerró sus párpados, y prestó profunda atención.

—Si usted viera— continuó la maestra — ¡qué pobreza de sangre! No hablo de las que tienen verdaderos defectos orgánicos. Las hay en gran número con una constitución bastante buena, que no tienen vicios orgánicos, ni ninguna enfermedad ostensible, y sin

embargo dan lástima. Han crecido rápidamente; su esqueleto aumentó sólo en longitud; el sistema muscular no se ha desenvuelto en proporción. No tienen hombros, ni brazos, ni pecho. Ciertamente no hay motivo para temer las presiones... en la parte anterior, como temen las madres. Con el esfuerzo más pequeño se ponen anhelantes, sudan, las hay que llegan á desvanecerse. Parecen niñas convalecientes. ¡Da coraje ver que le ponen á una restricciones monjiles en la enseñanza de tales muchachas, que no deberían hacer otra cosa más que gimnasia de la mañana á la noche!

—¿Qué restricciones se les pone generalmente?—preguntó el comendador.

—De todas clases—continuó la Pedani.—Quieren que los movimientos en las piernas sean limitadísimos... ¡y qué sé yo qué más! Luego en las paralelas, en las vueltas, en la barra fija también, ningún ejercicio en que sea preciso levantar los miembros inferiores... Para las mayorcitas, que no suben ni por las cuerdas ni por los palos...

El comendador escuchaba con los ojos azules fijos en el techo, como sumergido en una contemplación celeste, moviendo lentamente la cabeza en señal de asentimiento.

—Y con esto—siguió diciendo la maestra—lo que nos apasiona cada vez más por nuestras ideas, es el ver qué progresos se obtienen con lo poco que se nos concede. Usted no puede creer el cambio que se nota al cabo de un mes de gimnasia en las muchachas de doce años para arriba, y mucho más si son delgadas y anémicas por enfermedades que hayan sufrido en la infancia, ó por linfatismo adquirido. En un mes, el color de la mejilla se extiende, los brazos se redondean, el dorso se endereza, los músculos se levantan... Á veces, mirándolas por detrás, no se las reconoce; parecen mujercitas; han adquirido aquella elegancia y esbeltez de movimientos que forman la verdadera belleza estética; especialmente en los miembros inferiores... un desarrollo que le deja á uno confundido. Es ciertamente una cosa consoladora.

Si, también era consolador para el comendador, que seguía el curso de sus pensamientos. Hizole una pregunta que parecía brotar de una profunda meditación.

—¿Además de esto—dijo—tendrá usted particulares satisfacciones de parte de las pocas personas que tienen por la gimnasia una aptitud física excepcional, ó un ardor

igual al de usted; porque, entre un gran número, las ha de haber seguramente.

Y volviendo á entornar sus ojos, los fijó otra vez en alto, como para saborear la respuesta.

—¡Ah, sí!—le contestó excitada la maestra.—Las hay. Y por mi parte las conozco en cuanto les echo la vista encima, lo cual no es del todo fácil, porque no son siempre las más enjutas, las más esbeltas en apariencia, las que tienen mejores aptitudes. Estas se derivan de la estructura más ó menos armónica de los miembros. Hay muchachas gruesas, por ejemplo, que se creerían pesadas é incapaces de moverse, y tienen por el contrario una agilidad, una elasticidad que sorprende. Sería preciso que viera usted, señor comendador, en las horas de recreo, en las *Hijas de militares*...

El comendador cerró los ojos.

—Porque—añadió la maestra—el reglamento de la gimnasia puede restringir los movimientos todo lo que quiera; pero la verdad es que, fuera de la lección, hacen lo que les place. Tengo en Santo Domingo una docena, entre catorce y dieciocho años, que podían presentarse en un teatro; verdaderas acróbatas, que dan vueltas en la barra fija,

saltos en el trampolín de metro y medio de altura, volteretas.

—Y..., añadió sonriendo—gracias á que no hay espectadores. Pero se ven brazos y piernas de acero, cinturas que saltan como si fueran muelles: una hermosura, se lo aseguro. ¡Y decir que todas podrían llegar á ser así!... ¡Sería una bendición de Dios!

Sí, sería una bendición, y más que ninguno estaba convencido de ello el comendador.

Al cabo de un momento, como si todo su ser hubiera sufrido una sacudida, dijo su pensamiento:

—Esperemos, señora maestra, que poco á poco se llegará. Las ideas buenas acaban siempre por triunfar. Poco á poco van cediendo las resistencias por todas partes. Pro siga usted con constancia su apostolado, que hace usted una obra santa por el bien de nuestras pobres niñas; todos le debemos gratitud.

La maestra se levantó, dándole gracias. El comendador también se puso en pie, y previniendo al sobrino, la acompañó cortesmente hasta la puerta, donde le hizo una profunda reverencia.

El secretario, que había permanecido de

pie, separado, inmóvil todo el rato, sin perder una sílaba de la conversación, y espionando, cuándo uno, cuándo otro, ambos semblantes, estallaba de gozo, pensando que la maestra debía haber hecho en su tío una excelente impresión.

Éste, volviéndose, quedó parado en medio de la habitación, y pasándose una mano por la blanca majestuosa cabeza, dijo con paternal acento, y como si hablase para sí:

—Una simpática señorita.

Y se quedó como absorto en su pensamiento.

—¿Por consiguiente—preguntó tembloroso don Celzani,—nada tendría usted que objetar?...

El tío no pareció comprender lo que decía en el primer momento.

Luego, penetrándose de ello, contestó con abandono:

—Por mi parte... ninguna. Solamente—añadió mirando á su sobrino de pies á cabeza—¿tú tienes su consentimiento?

Éste tomó su actitud de clérigo, con una mano puesta sobre la otra y bajando sus ojos chispeantes al suelo, respondió con voluntaria humildad:

—Lo espero.

—Veremos—dijo el tío mirándole una vez más; y volviendo á sentarse en su poltrona, con la cabeza apoyada en el respaldo y los ojos entreabiertos, se hundió en sus meditaciones.

